

... y no me oírte de cap no habilita al no  
 eñesb noq meñesb de . . . habilitada ob  
 al habilitada y . . . ob de ob de las  
 a hab de por ob de habilita y al hab  
 habilita de por ob de habilita de por ob  
 habilita de por ob de habilita de por ob

**CAPITULO III.**

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

**Muger quiero con candal.**

... de habilita de por ob de habilita de por ob

**CANIZARES.**

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

... de habilita de por ob de habilita de por ob

con la facilidad con que se vive en un país de abundancia, se adormecen por decirlo así, bajo su sol de fuego, y abandonan á la codicia y actividad de los europeos todos los ramos de agricultura, comercio é industria, con los cuales se levantan en corto número de años innumerables familias.

Jorge Otway fue uno de los muchos hombres que se le elevan de la nada en poco tiempo á favor de las riquezas en aquel país nuevo y fecundo. Era inglés: había sido buhonero algunos años en los Estados unidos de la América del norte, después en la ciudad de la Habana, y últimamente llegó á Puerto-Príncipe traficando con lienzos, cuando contaba mas de treinta años, trayendo consigo un hijo de seis, único fruto que le quedara de su matrimonio.

Cinco años después de su llegada á Puerto-Príncipe Jorge Otway en compañía de dos catalanes tenía ya una tienda de lienzos, y su hijo despachaba con él detrás del mostrador. Pasaron cinco años mas y el inglés y sus socios abrieron un soberbio almacén de toda clase de lencería. Pero ya no eran

ellos los que se presentaban detras del mostrador: tenian dependientes y comisionistas, y Enrique de edad de diez y seis años se hallaba en Londres, enviado por su padre con objeto de perfeccionar su educacion, segun decia. Otros cinco años transcurrieron y Jorge Otway poseia ya una hermosa casa en una de las mejores calles de la ciudad, y seguia por si solo un vasto y lucrativo comercio. Entonces volvió su hijo de Europa, adornado de una hermosa figura y de modales dulces y agradables, con lo cual y el crédito que comenzaba á adquirir su casa no fue desechado en las reuniones mas distinguidas del pais. Puede el lector dejar transcurrir aun otros cinco años y verá á Jorge Otway, rico negociante, alternando con la clase mas pudiente, servido de esclavos, dueño de magníficos carruages y con todos los prestigios de la opulencia.

Enrique no era ya únicamente uno de los mas gallardos jóvenes del pais, era tambien considerado como uno de los mas ventajosos partidos. Sin embargo, en esta misma época, en que llegaba á su apogeo la rá-

pidia fortuna del bullonero inglés, algunas pérdidas considerables dieron un golpe mortal á su vanidad y á su codicia. Habíase comprometido en empresas de comercio demasiado peligrosas, y para disimular el mal éxito de ellas y sostener el crédito de su casa, cometió la nueva imprudencia de tomar gruesas sumas de plata á un rédito crecido. El que antes fué usurero, vióse compelido á castigarse á sí mismo, siendo á su vez víctima de la usura de otros. Conoció harto presto que el edificio de su fortuna, con tanta prontitud levantado, amenazaba una ruidosa caída, y pensó entonces que le convendría casar á su hijo antes que su decadencia fuese evidente para el público.

Echó la vista á las mas ricas herederas del país y creyó ver en Carlota de B... la mujer que convenia á sus cálculos. Don Carlos padre de la jóven habia heredado como sus hermanos un caudal considerable, y aunque se casó con una mujer de escasos bienes la suerte habia favorecido á esta últimamente, recayendo en ella una heren-

cia cuantiosa é inesperada, con la cual la casa ya algo decaída de D. Carlos se hizo nuevamente una de las opulentas de Puerto Príncipe. Verdad es que gozó poco tiempo en paz del aumento de su fortuna pues con derechos quiméricos, ó justos, suscitóle un litigio cierto pariente del testador que había favorecido á su esposa, tratando nada menos que anular dicho testamento. Pero esta empresa pareció tan absurda, y el litigio se presentó con aspecto tan favorable para D. Carlos que no se dudaba de su completo triunfo. Todo esto tuvo presente Jorge Otway cuando eligió á Carlota para esposa de su hijo. Había muerto ya la señora de B.... dejando á su esposo seis hijos: Carlota, primer fruto de su union, era la mas querida segun la opinion general, y debía esperar de su padre considerables mejoras. Eujenio, hijo segundo y único varon, que se educaba en un colegio de la Habana, habia nacido con una constitucion débil y enfermiza, y acaso Jorge no dejó de especular con ella, presagando de la delicada salud del niño un heredero menos á D. Carlos, Ade-

mas, don Agustín su hermano mayor era un célibe poderoso y Carlota su sobrina predilecta. No vaciló pues Jorge Otway y manifestó á su hijo su determinacion. Dotado el jóvande un caracter flexible, y acostumbrado á ceder siempre ante la enérgica voluntad de su padre, prestóse fácilmente á sus deseos, y no con repugnancia esta vez, pues ademas de los atractivos personales de Carlota no era Enrique indiferente á las riquezas, y estaba demasiado adoctrinado en el espíritu mercantil y especulador de su padre.

Declaróse, pues, amante de la señorita de B... y no tardó en ser amado. Se hallaba Carlota en aquella edad peligrosa en que el corazon siente con mayor viveza la necesidad de amar, y era ademas naturalmente tierna é impresionable. Mucha sensibilidad, una imaginacion muy viva, y gran actividad de espíritu, eran dotes, que, unidas á un caracter mas entusiasta que prudente, debian hacer temer en ella los efectos de una primera pasion. Era facil preveer que aquella alma poética no amaria

largo tiempo á un hombre vulgar, pero se adivinaba tambien que tenia tesoros en su imaginacion bastantes á enriquecer á cualquier objeto á quien quisiera prodigarlos. El sueño presentaba, hacia algun tiempo, á Carlota la imagen de un ser noble y bello formado espresamente para unirse á ella y poetizar la vida en un deliquio de amor. ¿Y cual es la muger, aunque haya nacido bajo un cielo menos ardiente, que no busque al entrar con paso tímido en los áridos campos de la vida la creacion sublime de su virginal imaginacion? ¿Cual es aquella que no ha entrevisto en sus éxtasis solitarios un ser protector, que debe sostener su debilidad, defender su inocencia, y recibir el culto de su veneracion?... Ese ser no tiene nombre, no tiene casi una forma positiva, pero se le halla en todo lo que presenta grande y bello la naturaleza. Cuando la jóven vé un hombre busca en él los rasgos del Angel de sus ilusiones... ¡oh! que dificil es encontrarlos! y desgraciada de aquella que es seducida ¡por una engañosa semejanza!... Nada debe ser tan

doloroso, como ven destruido un error tan dulce, y por desgracia se destruye harto presto. Las ilusiones de un corazón ardiente son como las flores del estío: su perfume es mas penetrante pero su existencia mas pasajera.

Carlota amó á Enrique, ó mejor diremos amó en Enrique el objeto ideal que la pintaba su imaginacion, cuando yagando por los bosques, ó á las orillas del Tínimá, se embriagaba de perfumes, de luz brillante, de dulces brisas: de todos aquellos bienes reales, tan próximos al idealismo, que la naturaleza joven, y superabundante de vida prodiga al hombre bajo aquel ardiente cielo. Enrique era hermoso é insinuant: Carlota descendió á su alma para adornarla con los mas brillantes colores de su fantasía: ¿que mas necesitaba?

Noticioso Jorge del feliz éxito de las pretensiones de su hijo, pidió osadamente la mano de Carlota, pero su vanidad y la de Enrique sufrieron la humillación de una repulsa. La familia de Bp. era de las mas nobles del país y no pudo recibir sin in-



dignacion la demanda del rico negociante, porque aun se acordaba del buhonero. Por otra parte, aunque el viejo Otway se hubiese declarado desde su establecimiento en Puerto Principe un verdadero católico, apostólico, romano, y educado á su hijo en los ritos de la misma iglesia, su apostasia no le habia salvado del nombre de herege con que solian designarle las viejas del pais; y si toda la familia de B... no conservaba en este punto las mismas preocupaciones, no faltaban en ella individuos que oponiendose al enlace de Carlota con Enrique fuesen menos inspirados por el desprecio al buhonero que por el horror al herege. La mano de la señorita de B... fué pues rehusada al jóven inglés y se la ordenó severamente no pensar mas en su amante. ¡Es tan facil dar estas ordenes! La experiencia parece que no ha probado bastante todavia su inutilidad. Carlota amó mas desde que se le prohibió amar; y aunque no habia ciertamente en su caracter una gran energia, y mucho menos una fria perseverancia, la exaltacion de su

amor contrariado, y el pesar de una niña que por primera vez encuentra oposicion á sus deseos, eran mas que suficientes para producir un efecto contrario al que se esperaba. Todos los esfuerzos empleados por la familia de B... para apartarla de Enrique fueron inútiles, y su amante desgraciado fué para ella mucho mas interesante. Despues de repetidas y dolorosas escenas, en que manifestó constantemente una firmeza que admiró á sus parientes, el amor y la melancolía la originaron una enfermedad peligrosa que fue la que determinó su triunfo. Un padre idólatra no pudo sostener por mas tiempo los sufrimientos de tan hermosa criatura, y cedió á pesar de toda su parentela.

D. Carlos era uno de aquellos hombres apacibles y perezosos que no saben hacer mal, ni tomarse grandes fatigas para ejecutar el bien. Habia seguido los consejos de su familia al oponerse á la union de Carlota con Enrique, pues el por su parte era indiferente en cierto modo, á las preocupaciones del nacimiento, y acostumbrado á los goces de,

la abundancia, sin conocer su precio, tampoco tenia ambicion ni de poder ni de riquezas. Jamas habia ambicionado para su hija un marido de alta posicion social ó de inmensos caudales: limitábase á desearle uno que la hiciese feliz, y no se ocupó mucho, sin embargo, en estudiar á Enrique para conocer si era capaz de lograrlo.

Inactivo por temperamento, dócil por carácter y por el convencimiento de su inercia, se opuso al amor de su hija solo por contemporizar con sus hermanos, y cedió luego á los deseos de aquella, menos por la persuasion de que tal enlace labraría su dicha que por falta de fuerzas para sostener por mas tiempo el papel de que se habia encargado. Carlota empero supo aprovechar aquella debilidad en su favor, y antes de que su familia tuviese tiempo de influir nuevamente en el ánimo de D. Carlos su casamiento fué convenido por ambos padres y fijado para el dia primero de setiembre de aquel año, por cumplir en él la jóven los 18 de su edad.

Era á fines de febrero cuando se hizo

**TOMO I.**

**4**

este convenio, y desde entonces hasta principios de junio en que comienza nuestra narracion, los dos amantes habian tenido para verse y hablarse toda la lícita libertad que podian desear. Pero la fortuna, burlándose de los cálculos del codicioso ingles, habia trastornado en este corto tiempo todas sus esperanzas y especulaciones. La familia del señor de B... altamente ofendida con la resolucion de este, y no haciendo misterio del desprecio con que miraba al futuro esposo de Carlota, había roto públicamente toda relacion amistosa con D. Carlos, y su hermano D. Agustin hizo un testamento á favor de los hijos de otro hermano para quitar á Carlota toda esperanza de su sucesion. Mas esto era poco: otro golpe mas sensible se siguió á éste y acabó de desesperar á Jorge. Contra todas las probabilidades y esperanzas fallóse el pleito por fin en contra de Don Carlos. El testamento que constituia heredera á su esposa fué anulado justa ó injustamente, y el desgraciado caballero hubo de entregar al nuevo poseedor las gran-

des fincas que mirára como suyas hacia seis años. No faltaron personas que, juzgando parcial é injusta esta sentencia, invitasen al agraviado á apelar al tribunal supremo de la nacion: mas el caracter de D. Carlos no era apropiado para ello, y sometiéndose á su suerte casi pareció indiferente á una desgracia que le despojaba de una parte considerable de sus bienes. Un estoicismo de esta clase, tan noble desprendimiento de las riquezas debian merecerle al parecer generales elógios, mas no fué así. Su indiferencia se creyó mas bien efecto de egoísmo que de desinterés. —Es bastante rico aun, decian en el pueblo, para poder gozar mientras viva de todas las comodidades imaginables, y no le importa nada una pérdida que solo perjudicará á sus hijos.

Engañábanse empero los que juzgaban de este modo á D. Carlos. Ciertamente la pereza de su caracter, y el desaliento que en el producía cualquier golpe inesperado influian no poco en la aparente fortaleza con que se sometia desde luego á

:

la desgracia, sin hacer un enérgico esfuerzo para contrarrestarla; pero amaba á sus hijos y habia amado á su esposa con todo el calor y la ternura de una alma sensible aunque apática. Hubiera dado su vida por cada uno de aquellos objetos queridos, pero por la utilidad de estos mismos no hubiera podido imponerse el deber de una vida activa y agitada; oponíanse á ella su temperamento, su caracter y sus hábitos invencibles. Desprendiéndose con resignacion y filosofía de un caudal, con el cual contaba para asegurar á sus hijos una fortuna brillante, no fué sin embargo insensible á este golpe. No se quejó á nadie, acaso por pereza, acaso por cierto orgullo compatible con la mas perfecta bondad; pero el golpe hirió de lleno su razon paternal. Alegróse entonces interiormente de tener asegurada la suerte de Carlota, y no vió en Enrique al hijo del buhonero sino al único heredero de una casa fuerte del pais.

Todo lo contrario sucedió á Jorge. Carlota privada de la herencia de su tio, y

de los bienes de su madre que la pérdida del pleito le habia quitado, Carlota con cinco hermanos que debian partir con ella el desmembrado caudal que pudiera heredar de su padre, (joven todavia y prometiendo una larga vida,) no era ya la muger que deseaba Jorge para su hijo. El codicioso ingles hubiera muerto de dolor y rabia si las desgracias de la casa de B.... hubieran sido posteriores al casamiento de Enrique, mas por fortuna suya aun no se habia verificado, y Jorge estaba resuelto á que no se verificará jamás. Demasiado bajo para tener verguenza de su conducta acaso hubiera roto inmediatamente, sin ningun pudor ni cortesia, un compromiso que ya detestaba, si su hijo á fuerza de dulzura y de paciencia no hubiese logrado hacerle adoptar un sistema mas racional y menos grosero.

Lo que pasó en el alma de Enrique cuando vió destruidas en un momento las brillantes esperanzas de fortuna que fundaba en su novia, fué un secreto para todos, pues aunque fuese el jóven tan

codicioso como su padre era por lo menos mucho mas disimulado. Su conducta no varió en lo mas mínimo, ni se advirtió la mas leve frialdad en sus amores. El público, si bien persuadido de que solo la conveniencia le habia impulsado á solicitar la mano de Carlota, creyó entonces que un sentimiento mas noble y generoso le decidia á no renunciarla. Carlota era acaso la única persona que ni agradecia ni notaba el aparente desinterés de su amante. No sospechando que al solicitar su mano tuviese un motivo ageno del amor, apenas pensaba en la mudanza desventajosa de su propia fortuna, ni podia admirarse de que no influyese en la conducta de Enrique. Ay de mi ! solamente la fria y aterradora esperiencia enseña á conocer á las almas nobles y generosas el mérito de las virtudes que ellas mismas poseén..... ¡Feliz aquel que muere sin haberlo conocido!